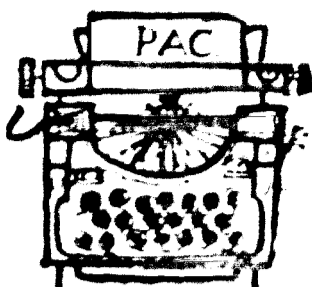


# escrito a máquina

*Ida y  
vuelta a  
la Luna*



El viaje del hombre a la Luna tiene una doble y trascendental proyección, de ida y de regreso. De ida, su viaje hacia "afuera" abre el primer capítulo de una ilimitada e imponderable colonización del sistema planetario. Si se pudo llegar a la Luna, se puede seguir adelante. Una vez rota la placenta terrestre el hombre seguirá, técnicamente, creciendo —es decir adaptándose— a esa vida nueva. Parte de la humanidad será mañana espacial como ahora hay seres en las cumbres del Himalaya o de los Andes ya conformados al ambiente enrarecido de esas alturas. El problema no es ya si en tal o cual planeta hay vida o si tal o cual astro está habitado, sino que el hombre puede desde ahora asegurar —aunque todavía faltan muchos años de proceso— que está en capacidad, que tiene la ciencia necesaria y los medios técnicos, para transformar y hacer habitables algunos de esos planetas. Puede que después la técnica esté en capacidad —no solamente de lanzar naves espaciales cada vez más grandes y seguras— sino de trazar una órbita nueva a la propia Tierra y comandarla hacia la colonización de otros sistemas solares. ¿No dice en el Génesis la voz de Dios al hombre: "Henchid la Tierra, sometedla y dominad sobre todo cuanto vive y se mueve"? ¿No será el destino hacia adelante de ese mundo de estrellas —que tantas veces atrajeron, en las dulces noches, nuestros pensamientos y nuestros sueños —el ser hominizado; es decir, el poblarse de hombres como islas luminosas en ese mar de siglos y de galaxias?

La flecha marca en la IDA a la Luna una larga, casi infinita proyección de aventura y realizaciones para el futuro humano. Un rico, maravilloso destino (¿era terrible decir: ya todo está descubierto!) para el insaciable apetito creador (de creador hijo de Creador) del Hombre.

Pero la "VUELTA" también marca para el hombre la formación de una imagen cada vez más clara (y urgente) de la unidad humana. Quizás lo más importante de la aventura a la Luna sea esa "ASISTENCIA" (por medio de la televisión) de casi toda la humanidad a la aventura. No son ya unos cuantos hombres los que se pierden en el misterio de lo desconocido como en la aventura de Colón, no son tres astronautas solitarios, sino que el ojo de millones de humanos viaja también. La nueva gesta tiene ese impacto de co-participación masiva del cine. Es, en cierta manera, la socialización de la aventura. Y el retro-vernarnos de regreso como Tierra, el ver acercarse lentamente la imagen llena de color y maravilla de nuestro planeta produce (como ya lo hacía notar el Padre de la Jara en una hermosa plática que le escuché esta semana) una conciencia más profunda y viva de la unidad y fraternidad a que estamos obligados cuantos lo habitamos. El viaje mismo, fruto de un portentoso trabajo en equipo, no sólo supone sino que impone la creciente necesidad de solidaridad humana. (Si estallara una guerra atómica ¿podría seguir el hombre proyectándose hacia el espacio?). Es decir: la proyección hacia afuera parece condicionada por la solidaridad hacia adentro; lo cual, dicho en vocabulario cristiano significa que el destino humano, su proyecto hacia adelante, la esperanza del mundo, nunca ha estado tan condicionada por el Amor como en esta época que parecía depender toda de la Ciencia.

Hemos llegado a un nuevo umbral de la evolución humana en el cual el hombre entra a tomar conciencia —cada vez mayor— no sólo de su puesto en el mundo, sino del poder y de la responsabilidad que le han sido dados para asumir la evolución universal. "El hombre —dice Juan Luis Segundo— necesitó tal vez un millón de años de preparación para hacer efectiva esta posibilidad. Y este es el momento preciso en que comienza a ejercerlo. Teilhard de Chardin utiliza para describir esta realidad una imagen maravillosamente elocuente y profética:

"Hasta aquí los hombres vivían a la vez dispersos y encerrados sobre sí mismos, como pasajeros reunidos accidentalmente en la bodega de un navío cuyo movimiento ni siquiera sospechaban. Sobre la Tierra que los agrupaba, no encontraban así nada mejor que disputar o distraerse. Pero he aquí que, por casualidad, o, mejor, por el efecto normal de la organización, nuestros ojos acaban de abrirse. Los más osados de entre nosotros han subido al puente del barco. Han visto el navío que nos llevaba a todos. Han percibido la espuma de la proa que corta el mar. Se han dado cuenta de que hay una caldera que alimentar y un timón que gobernar. Y, sobre todo, han visto flotar nubes, han sentido el perfume de las islas más allá del círculo del horizonte. Ya no es posible aquella agitación de la bodega, ya no es posible derivar: ha llegado el tiempo de pilotear. Es inevitable que otra humanidad tiene que surgir de esta visión".

PABLO ANTONIO CUADRA